

# TIEMPO DE VIOLENCIA

EL 29 DE MAYO fue secuestrado el general Pedro Eugenio Aramburu. El 16 de julio se encontró su cadáver. Un mes y medio de incertidumbre en que la esperanza de que reapareciera con vida se mantuvo contra toda esperanza. Se confiaba en que su devolución pondría punto final al asunto, mediando alguna recompensa o canje. No se quería admitir definitivamente que el grupo de secuestradores estaba atrapado en su propia intransigencia, como lo daban a entender ya los comunicados.

El primero de ellos hablaba de someter a Aramburu a "juicio revolucionario". Un juicio en la sombra, sin defensa posible, sin testigos imparciales, sin distinción entre jueces y acusadores, sin garantías mínimas para la persona humana, sólo nos trae a la memoria las parodias de juicio que ensombrecen la historia. Si el cristianismo ha aportado algo a la civilización y al ordenamiento jurídico de la sociedad, es la convicción de que el juicio definitivo queda reservado a Dios y que todo juicio humano que no respete esta trascendencia salvadora de la Justicia se transforma en una blasfemia al Supremo Juez. Un juicio que sólo puede producir desesperación y angustia está al margen de la justicia salvadora de Dios.

## LA REPRESENTATIVIDAD DEL PUEBLO

Un juicio, y más cuando se pretende aplicar la pena de muerte, sólo puede ser realizado por la sociedad a través de su autoridad, sea ésta legal, moral o revolu-

cionaria. De lo contrario, dejaría de ordenarse al bien común y pasaría a instrumentalizarse en provecho individual. Dejaría de ser justicia, en lenguaje hegeliano, para transformarse en venganza. En el presente caso, la nula representatividad del "comando" hace a éste responsable de haber usurpado el nombre y la autoridad del pueblo, hecho que puede ser más grave aún que el mismo asesinato.

Los secuestradores pusieron especial empeño, en sus comunicados, en atribuirse representatividad. Y en un primer momento lograron engañar a muchos. La hija del general Valle fue largamente interrogada. La indignación de algunos sectores contra el peronismo llegó a un punto crítico; cualquier tipo de represalia entraba en el campo de lo previsible. Por todo ello, esta usurpación de representatividad, que pudo llevar a un caos de represión y venganza, adquiere mayor trascendencia que la ejecución material del hecho.

El "comando" pretendió ubicarse en una línea nacional y popular. La autodenominación de "Montoneros" —al margen del anacronismo histórico y social— apuntaba a una hipótesis de interpretación histórica, divergente de la "línea Mayo-Caseros" representada ulteriormente por el gobierno que presidió el general Aramburu. El hecho pretendió, así, ser una acción de significado no sólo político sino también y fundamentalmente histórico. Resultó, en definitiva, un plan demasiado ambicioso para un grupo desvinculado del pueblo y para una acción hecha a espaldas del mismo, precisamente en un momento en

que los rumores de contactos entre el general Aramburu y representantes del movimiento peronista cobraban cada día más fuerza. El pueblo sólo percibió una falta de sentido en esta muerte y el peronismo no quedó involucrado en este crimen. Los secuestradores podían advertir, día a día, cómo se estrechaba en torno a ellos tanto el cerco de la policía como la soledad y el alejamiento del pueblo. Esto último constituye una pena moral mayor que la misma reclusión física.

Los raptos, al autotitularse "Comando Juan José Valle", prestaron el peor de los servicios al general que encabezó el movimiento revolucionario de 1956. La historia debía aclarar aún el episodio "Valle" y ubicar a sus personajes en una perspectiva objetiva. Los defensores de aquella ejecución sostienen que fue un deber penoso. Que fue penoso es incuestionable y el mismo general Aramburu no permaneció insensible ante esa tragedia. Pero que haya sido un "deber" parece menos incuestionable. De cualquier modo, el presente crimen sólo ha logrado retardar el juicio de la historia, haciendo prevalecer el sentimiento sobre la razón y la venganza sobre la justicia. La muerte ha unido ahora, en una reconciliación cristiana, a dos generales de opuesta ideología que debieron enfrentarse aquí en la tierra. Ha unido lo que nosotros hemos separado. Sólo el odio irreconciliable, no el psicológico sino el ético, es capaz de frustrar el misterio de la muerte cristiana bajo el amor de un mismo Padre.

## FINES Y METODOS DE LA VIOLENCIA

Quienes juzgan que en nuestro país la situación de injusticia es tal que justifica la violencia revolucionaria, ya no podrán seguir utilizando esa expresión sin más. ¿Cuál es en concreto la violencia revolucionaria que salvará al pueblo? Una guerra, una revolución militar, una guerrilla rural o urbana, pueden encontrar justificación ética cuando sus fines y sus métodos responden a los valores de la persona humana. La humanidad ha elaborado pacientemente algunas normas de comportamiento en los conflictos bélicos. La Iglesia ha colaborado en este esfuerzo de clarificación principalmente con su documento conciliar sobre "La Iglesia en el mundo contemporáneo". En los aspectos más graves, como la utilización de armas nucleares, no se ha llegado aún a un consenso ético mundial. Pero se tiene una clara conciencia de que el problema trasciende la esfera militar y política. Si en el orden internacional falta aún mucho por recorrer, en nues-

tro país, la ética de una revolución militar está aún más incipiente, no obstante nuestra familiaridad con ese tipo de golpes. Y si pasamos a la violencia de la guerrilla rural o urbana, nada se ha hecho, fuera de algunos escritos que pocos leen. Toda nuestra cultura ética sobre la violencia se reduce a dos eslogans que polarizan las posiciones. De un lado: "Frente a esta situación de injusticia no queda otro recurso que el de la violencia". Del otro: "La violencia no es argentina, es el producto del comunismo internacional". En el primer caso se hace referencia a los fines sin pensar en los métodos. En el segundo, se presta atención a los métodos sin referencia a los fines.

El "cordobazo" pudo tener un sentido político, se esté de acuerdo o se disienta con él. Los métodos utilizados en ese hecho de guerrilla urbana no son todos justificables, pero queda la posibilidad de que los hechos delictivos sean obra de extremistas acoplados a un movimiento en el que participaron miles de personas. El crimen de Aramburu, por el contrario, ni puede beneficiarse de un sentido político ni ser justificable en sus métodos. Indirectamente obligará a esclarecer el significado de términos como violencia, revolución y guerrilla. Impondrá a muchos una dura opción en lo más profundo de su conciencia, al margen de lo que el temor a las represalias o a la pena de muerte puedan significar.

## LAS REGLAS DEL JUEGO POLITICO

Se ha dicho que esto escapa a las reglas de todo juego político. Esta afirmación nos conduce a ciertos interrogantes: cuáles son esas reglas y quién las impuso. Una revolución escapa a las reglas de juego político de la constitución; pero puede crear nuevas reglas de juego mediante un estatuto revolucionario. Unas elecciones fraudulentas, en cambio, violan las reglas de juego sin establecer otras. Es decir, las reglas de juego pueden "ser violadas" en la medida en que es posible establecer nuevas reglas que sean aceptadas o que permitan, al menos, una nueva situación de convivencia política. Un peligro consiste en identificar las reglas de juego con la ética política que las fundamenta; se cae entonces en el inmovilismo y en el apego a lo tradicional por incapacidad de cambio. En el otro extremo, se da el peligro de una relativización excesiva de las reglas de juego, desligándolas de toda referencia ética. En el caso de la muerte de Aramburu, se han violado las reglas del juego político. Esto, de por sí, no ad-



quiere mayor trascendencia desde que en nuestro país, desde hace cuarenta años se vienen violando continuamente las reglas constitucionales del juego político. Lo importante, en el presente caso, es que tampoco se han creado nuevas reglas, ni podrían ser creadas desde el momento que toda "regla" supone un cierto consenso de la sociedad y aquí la ausencia de representatividad elimina esa posibilidad. Más aún, se han violado reglas de juego con un salto hacia el vacío donde son relegados elementos fundamentales de la ética.

Se ha escrito que este frío delito no puede ser enjuiciado con los atenuantes psicológicos de las acciones consumadas en el ardor de una lucha franca. Pero si con ello se pretende afirmar que el delito debe ser juzgado frío y objetivamente, como una cosa y no como una acción humana, equivaldría a afirmar que los móviles y atenuantes psicológicos no deben entrar en la consideración de la justicia, con lo cual caerían también aquellos atenuantes psicológicos de las acciones consumadas en el ardor de la lucha franca. Presumir que no hay atenuantes psicológicos es reconocer que se ignoran las motivaciones y el proceso psicológico de quienes recorrieron ese triste camino. Se nos impone, por tanto, la obligación de comprender cómo personas que no eran delincuentes comunes ni agentes del comunismo internacional ni drogadictos hayan podido llegar tan lejos.

#### A CAMBIO DE LA VIOLENCIA

El que en nuestra sociedad haya surgido esto nos produce inconscientemente un cierto complejo de culpabilidad colectiva, que pretendemos eludir rápidamente por el camino de la indignación y el repudio, como quien quiere alejar de sí algo horrendo que tenía a su lado. Y, sin embargo, allí estaba, a nuestro lado, en nuestra sociedad, en nuestra universidad, en nuestra Iglesia, es decir, en jóvenes estudiantes, argentinos, "de apellido", de los que se dice repetidamente que eran católicos prácticos. Si esto hubiera ocurrido en otro país —como el asesinato del embajador alemán— nos indignaríamos y no mucho más. Ha ocurrido aquí y nos asustamos, y el temor puede conducir a cualquier reacción. La policía busca a los instigadores; es necesario, pero sin llegar a ver fantasmas por todos lados y sin difamar a personas a quienes nada se les llega a probar. Ahora bien, este método desvía nuestra atención hacia afuera de nosotros mismos, buscando un chivo emisario donde descargar todos los males del pueblo.

La lucha entre el bien y el mal nace en nuestro propio corazón; es allí donde debemos preguntarnos en qué medida nuestro comportamiento social y político haya creado condiciones donde puedan aflorar tales desviaciones. Si por lo menos no nos planteamos esta pregunta, nuestra sorpresa será mayor cuando se repitan hechos semejantes. No es suficiente perseguir a las minorías que utilizan la violencia criminal como método. Hay que ir a los por qué, no sólo a quienes —los instigadores— sino a qué, a las situaciones que son su caldo de cultivo. Como señaló el Gral. Lanusse, los grupos que recurren a la violencia "actúan apoyándose sobre situaciones realmente existentes". Es indudable que la violencia criminal no soluciona esas situaciones, pero ¿qué podemos ofrecer a cambio de ella? Nuestra frecuente indiferencia ante situaciones de injusticia, ¿no será parte del fuego que enciende el idealismo fanatizado de quienes después sentiremos en el banquillo de los acusados?

#### TODOS HEMOS COMETIDO ERRORES

La declaración de Mons. Plaza, a los pocos días del secuestro, comenzaba con estas palabras: "Dejamos a Dios el juicio supremo de los actos de los hombres". ¿Era necesario decir algo tan obvio? Es que lo obvio, por su misma naturaleza, tiende a ser olvidado. La venganza, tanto la que se ensañó con el Gral. Aramburu como la que aguarda su momento para caer sobre los secuestradores, constituye, como ya dijimos, una negación del juicio supremo de Dios. De nada vale alegar que Aramburu era inocente y éstos criminales; la venganza es siempre una blasfemia. "Todos hemos cometido errores —continúa el Arzobispo de La Plata— y algunos de ellos ocasionaron daños irreparables a nuestros prójimos". Todos hemos cometido errores. Esta vez es una perspectiva cristiana que ilumina el misterio del juicio supremo de Dios, y que nos recuerda aquella frase de Cristo: "El que esté sin pecado que tire la primera piedra".

Lo precedente no significa que no se deba castigar a los inculpados por el hecho de que nadie tenga las manos limpias. Jesús, evidentemente, no pretende dictar un código penal ni normas de procedimiento jurídico. El nos habla de la actitud, interpela nuestra conciencia para que no nos creamos salvados y justos por no formar parte de "esa chusma criminal".

La muerte de Aramburu debe ser redimida por algo más profundo que la sanción a sus secuestradores. Esto a él ya no

le aprovecha. Si pudiera hablarnos desde el Reino de Dios nos diría palabras muy diferentes a las que empleamos nosotros. El ya no odia, ya no puede odiar, no por estar muerto sino por estar junto al Dios vivo del amor. Sólo él podría presidir ecuanimemente un tribunal para juzgar a los que le dieron muerte.

Todo esto no implica que se juzgue con levidad a los acusados burlando la seriedad de la justicia. Por el contrario. Pero no olvidemos que el juicio que hagamos caer sobre ellos tendrá que importar el mismo rigor que el juicio con que nos juzgamos a nosotros mismos: "Con la misma vara con que midiereis seréis medidos". Pretender asegurarnos un juicio benévolo siendo ahora "blandos" con los demás, es un modo muy utilitarista de tratar a la justicia. No nos aproximaremos al Reino de Dios si no tomamos en serio la justicia, si no evitamos la imagen de un Dios bonachón que formula amenazas para asustarnos un poco. Tan en serio debe ser tomada la presente injusticia de una muerte absurda, como la injusticia que derramamos continuamente a nuestro alrededor casi sin darnos cuenta. Por ello concluye Mons. Plaza en la alocución citada: "Es deber de los gobernados someterse a la ley obedeciéndola. Es deber de los gobernantes proporcionar a la comunidad las condiciones políticas, económicas y sociales que permitan a todos participar del destino nacional". Sólo añadiríamos que éste último deber nos es común y que a la autoridad corresponde su coordinación y ejecución.

#### UNA MUERTE INUTIL

La muerte de Cristo fue instrumentalizada por una minoría de cristianos para satisfacer recónditas pasiones, persiguiendo durante siglos a los miembros del pueblo judío. Pensar que el "drama" de Cristo pueda encontrar un final feliz porque se castigó a los culpables, es ignorar el sentido de su muerte, que está en la salvación por el amor desde una muerte injusta. Y querer reparar la memoria del Gral. Aramburu concentrando las energías en el castigo de los culpables, es minimizar el sentido de su muerte, sentido que, aunque él no lo haya buscado, le ha sido asignado por el juicio de Dios. Se ha dicho que la vida de muchos otros "desaparecidos", de muchos que mueren de hambre, vale tanto como la de Aramburu. Es cierto. Y también es cierto que la vida de Aramburu vale tanto como la de cualquier hombre, porque está hecha a imagen de Dios. Si esta muerte nos resulta indiferente, como

"parte de la contradicción interna de un régimen", cualquier muerte nos resultará también indiferente, y si nos interesamos en otras muertes no será entonces porque son imagen de Dios. El misterio de la providencia de Dios en la muerte del Gral. Aramburu no puede estar ausente en la consideración cristiana.

Una muerte "inútil" como la presente puede dejar de serlo si nos lleva a todos los argentinos a deponer el odio, la venganza y la injusticia. Transformarlo en bandera de un sector de la población contra otro, supone imaginar que aún está entre nosotros, dirigiendo a determinados sectores, ideologías o partidos. Es como olvidar que ha muerto. Y después de muerto no lo alojemos en el frío panteón de los héroes de la patria, como en un olimpo laico desde donde pueda aún ser digitado para nuestros intereses, sino recordemos que está sentado a la mesa del Padre, donde se bebe el embriagante significado de las cosas y se percibe en toda su ingenua originalidad el afecto del amor.

#### JUSTICIA PUNITIVA Y JUSTICIA SALVADORA

Estas palabras parecerán a alguno una ingenua originalidad. Pero tal vez no exista otro camino de salvación para nuestra patria. Su muerte va más allá del alcance de sus ideas y opciones políticas. Estas últimas pueden no ser compartidas o combatidas enérgicamente. Su muerte no. El valor de ella es coextensivo a todas las ideologías y sectores. La justicia que no encontró en esta vida sino en el Reino del Padre debe ser su testamento definitivo. Justicia que no sólo es punitiva sino fundamentalmente salvadora, que no se limita a perseguir a quienes han violado la ley: es también una esperanza para quienes no pueden beneficiarse de la ley por causa de estructuras injustas donde la falta de vivienda, de educación y de trabajo les hace difícil creer que son hermanos de quienes poseemos en abundancia esos bienes elementales.

La mera posibilidad de que la muerte de Aramburu pueda ser justificada a partir de los principios de la ética cristiana, nos haría preferir ser budistas antes que cristianos. Pero también la posibilidad de que situaciones de injusticia puedan ser convalidadas por principios cristianos, nos haría correr el peligro de preferir ser marxistas antes que cristianos. La esperanza nos dice que Dios no defraudará a quienes creen en El. ♦

#### LA DIRECCION